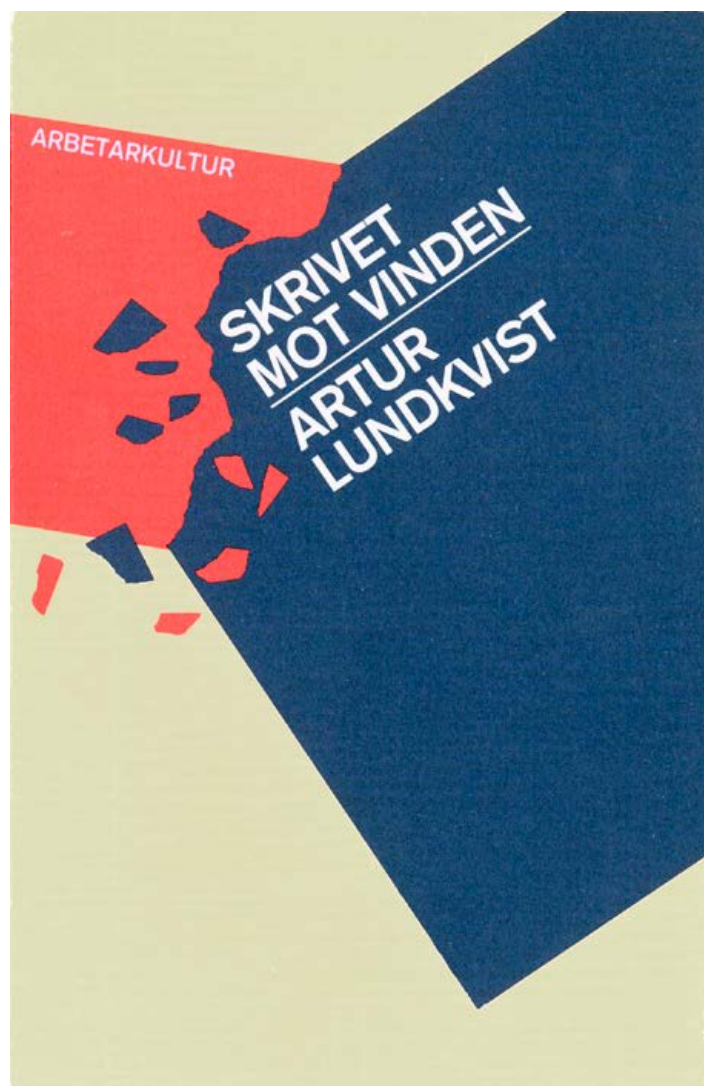


Contra viento y marea



Un día de principios de los ochenta, hablando con Lundkvist de William Faulkner y de Saint-John Perse, me comentaba con un sano distanciamiento la volubilidad de la vida literaria —quienes los habían despreciado y combatido (Georg Svensson, el gran valedor de Lundkvist, se había declarado “físicamente incapaz de leer *Anabase* y, en Bonniers, Siwert y Selander, habían rechazado su traducción de *Sanctuary*), se presentaron a la hora del premio Nobel, 20 años después, casi como sus descubridores. Le dije que todos sabíamos lo que él había hecho para presentar autores extranjeros: “Hoy no hay nadie que lo sepa”, cortó. ¿Estaba especialmente cascarrabias aquel día? No, tenía bastante razón.

Revisando artículos en revistas y periódicos, constaté que a pesar de la enorme labor que había desarrollado a lo largo de más de cincuenta años, no había una sola recopilación de sus artículos periodísticos. Le propuse a la editorial del PC sueco, *Arbetarkultur*, publicar una selección de ellos, selección que fue creciendo y se convirtió en una serie de tres libros. Uno, dedicado a sus artículos sobre cultura, política y sociedad; el segundo, a la enorme cantidad de artículos sobre literatura sueca, artículos en que se ocupaba de sus contemporáneos; y el tercero, a una breve selección sobre escritores extranjeros presentados por él que habían recibido el Nobel, con un par de excepciones, y también publicamos una selección de su poesía más o menos comprometida.

En el curso del trabajo, le comenté mi sorpresa ante la virulencia de ataques que le habían lanzado durante décadas, sobre todo en las de los 40 y 50, en la prensa sueca. Se sonrió y me dijo que, como se metía en todos los debates, eran esas las consecuencias normales. Eran gajes del oficio, el precio que debía pagar una persona independiente con espíritu rebelde y que casi siempre iba a contracorriente... Lo que más le molestaba era que lo tachasen de comunista cuando no lo era ni lo sería nunca.” ¡Lo que realmente irritaba en aquellos años era que yo no fuese anticomunista!”

Cuando apareció la primera recopilación de artículos políticos y sociales, *Skrivet mot vinden* (*Escrito contra el viento*), el poeta Karl Vennberg

hizo una reseña que comenzaba: “Hay escritores demasiado grandes para su país. Si Lundkvist hubiese sido norteamericano...”, y en la que destacaba su integridad. (Yo hubiera añadido generosidad, afán de justicia y humildad).

En la recopilación de literatura sueca pudimos constatar la atención que había prestado a la obra de sus colegas y la cantidad de certeras reseñas que hizo de ellos. “Leer el libro es como seguir un curso en historia de la literatura moderna sueca dirigido por esa extraña especie de profesor para el que la literatura es una cuestión vital” escribió Inge Jonsson en su reseña del diario SvD.

También comprobamos su extraordinaria independencia. Siempre mantuvo sus opiniones contra viento y marea, indiferente a las tendencias mayoritarias: en la década de 1930 defendía el modernismo frente al polvoriento realismo de los llamados escritores proletarios, en los 40 escribía contra la llamada “beredskapsliteratur”, una literatura patriótica y de forma tradicional para tiempos de guerra, muy alejada de su modernismo, y, al mismo tiempo, expresaba sus reservas frente al pesimismo de la generación de 1940. En la década de 1960, su negativa a unirse a las tendencias de politización de la literatura le valió las críticas de la izquierda.

Este artículo, publicado en una revista religiosa, es uno de los que seleccioné para el primer libro.

Un impensable genocidio

Durante toda su historia, los hombres se han matado unos a otros, individual o masivamente, en pequeñas escaramuzas o en guerras. Creo que se puede decir que la causa ha sido la escasez o una agresiva voracidad que, en el fondo, es miedo a la escasez. En un principio, esto se expresaba en las luchas de tribus o grupos por conseguir zonas de caza o de pastos. Poco a poco se fueron transformando en enfrentamientos mayores y mejor organizados, pero cuyo fin era el mismo: lograr nuevas tierras, riquezas, esclavos, etcétera. Luego llegó la época

de las devastadoras guerras entre diversos reinos, pueblos o imperios, que seguían pretendiendo obtener riquezas y privilegios a costa de los otros.

A veces, pero no con la frecuencia que pensaban los participantes, las guerras proporcionaban las riquezas ambicionadas. Las guerras eran caras y destructoras, en primer lugar para los vencidos, pero también para los vencedores. Si bien la intención seguía siendo la misma: poder vivir mejor a costa de los vencidos.

La escasez y el deseo de convertirla en su contrario, es decir, en abundancia, ha sido, sin duda, y sigue siendo, la causa fundamental de la guerra. Esa causa nunca ha sido eliminada, aunque durante cierto tiempo, sobre todo durante los últimos cien años, habíamos llegado a pensar que había sido vencida y veíamos ante nosotros el fin de las guerras, meta a la que se llegaría por medio de una cooperación pacífica entre todos los pueblos y una distribución de los recursos del mundo para que cubriesen las necesidades de todos, distribución que incluso permitiría una abundancia universal como la humanidad jamás había visto antes.

Pero ahora comprendemos, de repente, que aquello fue un error de visión, una esperanza desmesurada. Por primera vez en la historia de la humanidad parece como si los recursos totales de la tierra no bastasen para su población actual y, obviamente, muchísimo menos para la que tendrá dentro de unos años si sigue creciendo con la celeridad actual. Parece que no sería suficiente para solucionar el problema un reparto más justo, y por tanto tampoco las revoluciones o cualquier otro tipo de transformación profunda significarían una solución. El depositar la esperanza, como hacen muchos, en un milagroso desarrollo tecnológico, puede muy pronto revelarse como algo falaz. Teóricamente parece que se puede sacar del granito todo lo que el hombre necesita para la subsistencia, pero en la realidad quizá siga utilizándose en el futuro como hasta ahora: para hacer lápidas.

Se intenta aplacar la creciente inquietud con analogías históricas. Se dice que hasta ahora la humanidad nunca ha sucumbido, por muy frecuente y fuerte que haya sido ese miedo. Y por eso, dicen, no existiría tampoco ahora peligro alguno. Quizá se trate de una crisis, pero que sin duda alguna será superada y entonces todo será incomparablemente mejor que hasta ahora.

Lo que hacen así es prescindir del hecho de que, en el curso de la historia, pueblos y culturas han sido aniquilados innumerables veces. El mundo no ha sido nunca una unidad, un sistema global interdependiente a escala mundial, de la misma forma que ahora. Siempre ha habido pueblos bárbaros que han ocupado el lugar de las culturas desaparecidas, otros pueblos que han continuado la existencia de la humanidad. Ahí la analogía ya no sirve.

Lo que es una realidad incontrovertible es el curso de colisión que han tomado dos fenómenos: la imparable explosión demográfica y el creciente consumo de recursos naturales. No parece que se puede frenar ninguno de ellos, en todo caso no en el plazo de que disponemos. Los países pobres no parecen querer o poder frenar su explosión demográfica; los países ricos tampoco parecen querer o poder frenar el incremento de su consumo. Y entonces, ¿qué va a pasar?

En lo que a mí respecta, me he planteado la cuestión hace bastante tiempo. Ya en 1964 escribí un texto breve titulado “Una propuesta política realista” que incluí en mi libro “Compañía para la noche”. Voy a permitirme una autocita:

“El crecimiento de la población, especialmente en los países subdesarrollados, la explosión demográfica de los pueblos de color, amenaza a la humanidad dentro de muy poco con una catástrofe. Hambruna universal, agotamiento de los recursos naturales, una frenética aglomeración de gentes, un canibalismo creciente.

Es cosa de los países blancos, altamente desarrollados, el impedir dicha catástrofe. Los científicos colaboran febrilmente en

la solución del problema trabajando en la construcción de una bomba que no envenene el aire ni el agua, una bomba que únicamente destruya seres humanos y animales superiores pero que deje los campos y los recursos naturales intactos.

Tan pronto como esté lista la bomba, se podrá eliminar rápidamente y sin problemas la mayor parte de la población de color, sin afectar a sus riquezas. Será la solución ideal del amenazador problema de la explosión demográfica.

De esa manera, el hombre blanco superior tendrá a su disposición todo el espacio que necesite y todos los recursos de la tierra. El nivel de vida alcanzará cimas jamás soñadas en la historia de la humanidad, desaparecerán las causas de guerra, el desarrollo de la técnica hará innecesario el trabajo de los esclavos.

Dando gracias a Dios por la ofrenda que acaban de realizar, con la conciencia plenamente satisfecha por haber salvado de la catástrofe a la élite humana, la humanidad se encaminará hacia un tiempo paradisíaco en la tierra.”

Este texto, irónico y provocador, quería ser simplemente un aviso, una advertencia. Ahora se nos presenta como algo aterradoramente profético y apenas exagerado. Obviamente es una perspectiva de futuro de la que nadie habla, siendo los políticos y los científicos los más silenciosos. Los preparativos de tal solución del problema se mantienen en el mayor de los secretos y al que se atreve a insinuar algo sobre eso, lo desautorizan calificándolo de pesimista con un romántico amor al terror.

Los científicos que tienen una actitud crítica ante el desarrollo actual, señalan los grandes peligros ya existentes y los que están a punto de caer sobre nosotros, evidentemente mucho mayores que los otros. El envenenamiento de la tierra, de la vegetación, del agua y de la atmósfera, continúa sin freno; el peligro de la radiactividad aumenta; todo el sistema ecológico está a punto de derrumbarse. ¿Y en qué depositan los científicos su confianza? No la ponen en la inteligencia. Tampoco en medidas eficaces para

solucionar el problema, ya que unas medidas son inalcanzables y otras llegarán demasiado tarde. No. ¡Los científicos esperan, en primer lugar, que ocurran catástrofes de pequeña envergadura, aceptables, que puedan frenar el fatídico curso de la humanidad! Y como tales cuentan vastas epidemias, devastadoras enfermedades de diversos tipos, “stress” demoledora, hambrunas que produzcan muertes masivas, esterilidad autogenerada ampliamente extendida.

Confían además en que estallen algunas guerras de diversos tipos, en particular tal vez guerras civiles.

Pero todo esto irá probablemente muy despacio y no tendrá la suficiente eficacia. De no ocurrir algo que transforme radicalmente la situación, todo nos lleva a pensar que se llegará al genocidio en una escala hoy impensable. Evidentemente, medios para aplicar esa solución a los problemas del mundo es lo que no falta. Durante bastante tiempo se han estado efectuando experimentos con métodos biológicos y químicos de aniquilación del ser humano y quizá ya estén a punto. Åke Gustafsson ha escrito, en un artículo reciente, sobre tres tipos de virus que podrían matar a las gentes o hacerlas estériles fácilmente y sin problema alguno. Pueden parecer demenciales fantasías de ciencia-ficción, pero es mucho mejor que contemos con ellas como algo terriblemente real.

Obviamente, por muy realizable que sea en la práctica el empleo de esos métodos, quedan sin embargo los obstáculos morales y psicológicos. ¿Qué gran potencia, por muy arrogante que sea, va a presentarse ante la opinión pública mundial y atreverse a encabezar un genocidio de ese calibre? Por ello, no se llevará a cabo abiertamente, sino a escondidas, tan en secreto como sea posible, cubierto con todo tipo de excusas. Y, sin duda, se necesita también un cierto tiempo para ir acostumbrando a la parte escogida de la humanidad a vivir en su papel de genocida.

Las posibilidades de la propaganda son muchas y ya aparecen por diversos lugares. Se vuelve a las ideas

nazi-fascistas sobre las razas superiores y los pueblos elegidos. Se llega a justificar su derecho a existir a costa de otras razas y pueblos considerados inferiores. Se comienza a soñar con el gran salto que podría dar la humanidad si se llegase a desarrollar una élite superior, tanto física como intelectualmente. Se piensa en manipulaciones genéticas para lograrlo. Todo esto presupone, a su vez, la eliminación de un buen número de gentes insuficientemente desarrolladas.

Va creciendo el abismo entre los países pobres y superpoblados y los ricos y menos poblados. Ya hoy se nos presentan grandes masas de gentes olvidadas, analfabetas, forzadas a ser improductivas, como superfluas. Se nos presentan como una carga de gentes indeseables, sin interés como consumidores pues viven en el mismísimo límite de la escasez. Si no hay recursos para convertirlos en eficaces productores, tampoco podrán llegar a ser eficaces consumidores. Y, en tal caso, ¿qué se hará con ellos? Aquí vuelve a plantearse la penosa cuestión. ¿Hay alguna solución, alguna manera de evitar la terrible salida del genocidio? Es difícil de ver. Dado, sobre todo, el corto plazo que tenemos a nuestra disposición. El exceso de población no puede reducirse de una manera natural con la celeridad necesaria. Y el superconsumo de los países ricos tampoco va a poderse frenar con la suficiente rapidez y efectividad.

Nosotros, los pueblos del irrefrenable consumo, estamos tan acostumbrados a explotar los recursos de los países pobres que apenas si nos damos cuenta de que vivimos a su costa en grado considerable. Satisfechos, atribuimos nuestro superior nivel de vida a nuestras intrínsecas capacidades y consideramos como inferiores a aquellos de los que vivimos como parásitos. Esto prepara el camino para el avance de la mentalidad fascista, latente en torno a nosotros y, en ciertos lugares, claramente visible. El momento de dar el paso que nos pueda llevar a utilizar nuestro poder y nuestros medios para liquidar a las masas de gentes lejanas

y miserables que amenazan nuestro bienestar, quizá no esté muy lejano.

Porque, ¿estamos acaso dispuestos a sacrificar algo de nuestra creciente ferocidad consumista? ¿Qué dificultades hemos encontrado para alcanzar nuestra meta de ayuda a los países subdesarrollados! ¿Y era solamente el 1 % del PNB! Un granito de arena, una moneda entregada, bajo protesta, para acallar nuestra conciencia. ¿Qué pasaría si tuviésemos que entregar el 10, el 20 o el 50% del PNB para solucionar la crisis en que se encuentra la humanidad? ¿No estaríamos dispuestos, en plena desesperación, a utilizar cualquier medio para evitar tan tremenda renuncia?

Y luego está la explosión demográfica. Se discute mucho sobre el concepto de superpoblación. Ardientes revolucionarios parecen compartir las ideas de ciertos núcleos cristianos que sostienen que el número de habitantes de la tierra nunca podrá ser demasiado alto. Dichos revolucionarios descalifican cualquier otra opinión como pretextos reaccionarios. Están absolutamente presos en la falsa ilusión de que cuanto más numerosas sean las masas necesitadas, antes llegará la revolución, es decir, la gran transformación universal que, de pronto, convertirá la tierra en un paraíso de abundancia para un número de personas que puede llegar a ser, según ellos, de hasta treinta mil millones.

Los cristianos y otros grupos religiosos que están en contra de la limitación de población por medio del control de natalidad, parecen estar únicamente preocupados por la producción del mayor número posible de almas, sea cual sea el destino ulterior de los cuerpos. Se calcula que, de todas esas almas, se salvará un cierto número. El resto se puede confiar a un infierno de algún tipo. ¿No es esto un elitismo religioso que a duras penas puede ocultar su cinismo?

Una apreciación sensata de lo que es exceso de población debe partir de que el número de habitantes deseable es aquel que permite un nivel de

vida razonable a cada uno. Es preferible que haya una población menor que viva una existencia digna, en el sentido real de la palabra, a que haya una población mayor sufriendo escaseces y careciendo de toda posibilidad de llevar una vida que tenga sentido. En este contexto, me parece que ésta es la única posición moralmente defendible, aunque esté en abierta contradicción con las insensateces revolucionarias o religiosas.

Pero entonces hay que tratar de limitar el número de nacimientos, para evitar que la vida se devore a sí misma. Otra solución sería, sin duda, asesinar a una gran parte de la humanidad existente para que el resto pudiese seguir disfrutando de los recursos de la tierra. Sí, a pesar de todo, llega a ocurrir una cosa semejante y se utiliza esta solución de emergencia, dependerá de que hemos tardado demasiado en darnos cuenta de adónde nos lleva el desarrollo y nos veremos obligados a echar sobre nuestros hombros el pesado fardo de haber desempeñado el papel de verdugos. ¡Esto no debe ocurrir! No debemos permitir que esto ocurra sin antes haber hecho todo lo que esté en nuestro poder para repartir nuestros recursos y haber disminuido nuestro consumo al límite de lo tolerable.

Recientemente pronunció Rolf Edberg en la Academia de Ciencias, una conferencia sobre la destrucción de la naturaleza y el problema que implica el exceso de consumo. Advirtió a los investigadores y científicos del peligro de seguir irresponsablemente con sus trabajos, al mismo tiempo que reconocía la inevitabilidad de la técnica. Pero él se enfrentó a la tecnocracia que se va desarrollando con rapidez implacable y subrayó la necesidad de una nueva "ciencia de las ciencias", una "ecosofía" que sustituyese a la impotente filosofía. Para asegurarse su supervivencia y su desarrollo, la humanidad tiene que comprender la relación que hay entre el hombre y la naturaleza en todos los planos, relación que se lleva a cabo en íntima colaboración y en una incesante ac-

ción recíproca. Únicamente si llega a entender esa relación podrá la humanidad asegurar su supervivencia.

Sin embargo, Edberg, no parecía estar convencido de que hubiese la posibilidad de tan profunda transformación de la mentalidad en un plazo suficientemente breve. Y queda la cuestión de si la humanidad va a poder resolver lo que Edberg llamó "la crisis más profunda de su historia" o si, utilizando una tristemente famosa expresión americana, va a "regresar a la edad de piedra a bombazos", o de alguna otra manera. ¡O si no le va a quedar otro remedio que sobrevivir como genocida de su propia especie!

Hay alguna pequeña esperanza de que la inteligencia pueda vencer: la creciente inquietud y la insatisfacción existentes en el seno de la sociedad de la abundancia. Cuando ya se va generalizando la idea de que el pedir y consumir cada vez más y más cosas únicamente nos lleva a un callejón sin salida, se tiene la impresión de que por ahí puede llegar el cambio. En lugar de una elevación del bienestar, que tiende a convertirse en una nueva forma de barbarie, quizá se intente, en el mejor de los casos, alcanzar nuevos valores vitales en la armonía con la naturaleza y el cosmos que nos rodea, en la pacífica coexistencia con nuestros prójimos y una verdadera participación en la cultura, cuyas posibilidades no corren peligro de agotarse y cuyos frutos pueden ser cultivados sin destruir la naturaleza.

Pero ¡corre mucha prisa! Estamos muy próximos a la incomparable tragedia que tan inconscientemente hemos venido preparando. Debemos despertar, comprender el problema antes de que la catástrofe se precipite sobre nosotros, antes de que nos convirtamos en cómplices del mayor genocidio de la historia de la humanidad, quizá, en la mayoría de los casos, en contra de nuestra voluntad, pero no por ello menos responsables, menos culpables!

*Publicado en Vår lösen, 1974,
revista cultural ecuménica.*